

los que entienden el asunto á los que le desconocen, y no saben cuándo se debe hablar y cuándo deben callarse. Si se ve despreciado ó injustamente insultado siempre un escrito, necesita que su autor le defienda, pues él, por sí mismo, es incapaz de defenderse y de rechazar ataques.

PHE. Tienes razón.

Sóc. Pero consideremos otra clase de elocuencia, hermana legítima de esa elocuencia bastarda; veamos cómo nace y cuán mejor y más poderosa es que la otra.

PHE. ¿Cuál es y cómo nace?

Sóc. Ese discurso está escrito con los caracteres de la ciencia en el espíritu del que estudia, que puede por sí mismo defenderse, y que sabe hablar y callarse oportunamente.

PHE. ¿Hablas del discurso vivo y animado que reside en el espíritu del que posee la ciencia, y del cual el discurso escrito no es sino un vano simulacro?

Sóc. De ese mismo. Dime: un jardinero inteligente que tenga semillas de precio y que quiera verlas fructificar, pensará seriamente en sembrarlas en verano en los jardines de Adonis, para tener el placer de verlas prosperar y convertirse en hermosas plantas en ocho días, ó, si acaso lo hiciera, no sería por diversión ó con ocasión de festejos? Pero cuando se ocupara seriamente en

ello, ¿seguiría, sin duda, las reglas de la agricultura y las sembraría en terreno conveniente, contentándose con verlas abrirse ocho meses después de la siembra?

PHE. Seguramente, querido Sócrates; se ocuparía seriamente de las unas, mientras las otras no serían para él sino una diversión.

Sóc. Y el que posee la ciencia de lo justo, de lo bello y de lo bueno, ¿ha de tener menos sabiduría que el jardinero en el empleo de sus semillas?

PHE. No lo creo.

Sóc. No ha de ir si procede cuerdamente, después de haberlas depositado en un líquido oscuro, á propagarlas con la pluma, valiéndose de las palabras incapaces de defenderse por sí mismas, ó incapaces de enseñar suficientemente la verdad.

PHE. No es probable.

Sóc. No, ciertamente; pero si nunca escribió sólo por divertirse, sembrará sus conocimientos en los jardines de la escritura; y, atesorando recuerdos, cuando llegue á la edad del olvido, se gozará viendo crecer aquellas jóvenes plantas; y mientras los otros hombres persiguen otras diversiones, y pasan la vida entre orgías y placeres, él pasará sus días gozando como ya he dicho.

PHE. Noble diversión es esa, en efecto, Só-

crates, si se compara con esos placeres vergonzosos el de un hombre que goza con los discursos y componiendo alegorías sobre la justicia y las demás cosas de que has hablado.

Sóc. Sí, querido Phedro; pero es mucho más noble ocuparse en ellas seriamente, y, ayudado de la dialéctica, cuando se ha encontrado un alma bien preparada, sembrar y plantar en ella, con la ciencia, discursos capaces de defenderse por sí mismos y defender al que los sembró, y que, en lugar de permanecer estériles, germinen y engendren en otros corazones otros discursos que, inmortalizando la semilla de la ciencia, den á los que la poseen la mayor de las dichas terrenales.

PHE. Sí, esa ocupación es mucho más hermosa.

Sóc. Convenidos en estos principios, podemos ya fallar la cuestión.

PHE. ¿Cuál?

Sóc. Aquella cuyo examen nos ha conducido al punto en que estamos; es á saber: si los discursos de Lysias merecen nuestra censura, y cuáles son en general los discursos hechos con ó sin arte. Parece que ya hemos explicado suficientemente el modo como se siguen ó desobedecen las reglas del arte.

PHE. Así lo creo; pero resume nuestras conclusiones.

Sóc. Antes de conocer la verdadera naturaleza del objeto sobre que se habla ó se escribe; antes de poder dar sobre él una definición general y distinguir sus diferentes elementos, descendiendo hasta las partes indivisibles; antes de penetrar por el análisis la naturaleza misma del alma, y de reconocer los discursos propios para persuadir los diferentes espíritus, y dispuesto y ordenado el discurso de tal manera que se ofrezcan á un alma compleja discursos llenos de complejidad y armonía, y á un alma sencilla discursos sencillos, es imposible manejar perfectamente el arte de la palabra para enseñar ni para persuadir, como ya lo hemos demostrado largamente en todo lo que precede.

PHE. Eso es, en efecto, lo que hemos concluido.

Sóc. ¡Pues qué! ¿No nos ha ilustrado suficientemente todo lo que queda dicho para que podamos decir si es bueno ó es malo pronunciar ó escribir discursos, y bajo qué condiciones?

PHE. Explicate.

Sóc. ¿No hemos dicho ya que si Lysias, ó cualquier otro, compuso un discurso sobre asuntos de intereses generales ó de intereses privados; si por él se dictaron leyes que son, por decirlo así, escritos políticos, y si pensó en haberles dado mucha solidez y claridad, sólo redundan-

rá en vergüenza suya? Porque ignorar lo que es justo ó injusto, lo que es bueno y lo que es malo, así en el sueño como en la vigilia, es siempre lo más vergonzoso, aun cuando la multitud nos cubra de aplausos.

PHE. Es indudable.

Sóc. Por el contrario, el que piensa que en un escrito sobre determinado asunto hay necesariamente algo ridículo; que ningún discurso escrito ó pronunciado en verso ó en prosa debe mirarse como cosa seria, ni más ni menos que esos trozos sueltos que se pronuncian sin discernimiento ni propósito de instruir y con el único objeto de agradar, y que, en realidad, los mejores escritos no sirven sino para despertar los recuerdos de los que ya saben; el hombre, digo, persuadido de que los discursos dialécticos pronunciados para la instrucción de los oyentes y verdaderamente escritos en su espíritu, que tienen por motivo lo justo, lo bello y lo bueno, son los únicos claros, sólidos y serios; que esos discursos pueden justamente pasar por hijos legítimos de su autor, pues de su propio fondo los saca, y los que por él nacieron en los demás espíritus son hijos ó hermanos suyos que no desmienten su origen; si, finalmente, está convencido de que los demás discursos no merecen ninguna atención, ese hombre es el modelo

á quien Phedro y yo quisiéramos asemejarnos.

PHE. Yo, por mi parte, lo confieso, y así lo pido á los dioses.

Sóc. Basta ya de discurrir sobre el arte de la palabra; vé á decir á Lysias que, habiendo bajado á la fuente de las ninfas, hemos oído en el santuario de las Musas discursos que anunciaban á Lysias y á los oradores, á Homero y á los poetas líricos ó no líricos, á Solón y á los escritores y legisladores políticos, que si al componer sus obras están seguros de poseer la verdad y son capaces de defender lo que en una discusión sería hubiesen aventurado; si pueden con su palabra sobrepujar sus escritos, no deberán llamarse fautores de discursos, sino tomar su nombre de la ciencia á que se han consagrado completamente.

PHE. ¿Qué nombre quieres darle?

Sóc. El nombre de sabio, querido Phedro, sólo conviene á Dios; el de amigo de la sabiduría es más propio y más en armonía con la debilidad humana.

PHE. Lo que dices es muy razonable.

Sóc. Mas al que nada tiene más precioso que lo por él mismo compuesto y escrito, atormentando su pensamiento y añadiendo y quitando incesantemente, le dejaremos los nombres de poeta, discurridor y fautor de discursos.

PHE. No hay duda.

Sóc. Dile, pues, todo eso á tu amigo.

PHE. Y tú ¿qué vas á decir al tuyo? Porque no debes olvidarle.

Sóc. ¿Á quién te refieres?

PHE. Á Isócrates. ¿Qué diremos de él ó qué le dirás?

Sóc. Isócrates es aún joven, querido Phedro, y quiero decirte lo que de él espero.

PHE. Veamos.

Sóc. Me parece que tiene demasiado genio y naturaleza muy privilegiada para comparar su elocuencia con la de Lysias. No me admiraría que, avanzando en edad, le superase en el género que cultiva, hasta el punto de que sus predecesores parecieran niños á su lado, y que, poco contento con el éxito, no se viera impulsado á ocupaciones más elevadas por una inspiración divina. Porque hay en su espíritu una disposición natural á las meditaciones filosóficas. Ved aquí lo que de parte de los dioses de estas riberas tengo que anunciar á mi bien amado Isócrates. Haz tú otro tanto cerca de tu querido Lysias.

PHE. Así lo haré; pero partamos, pues el ambiente se ha caldeado.

Sóc. Antes de alejarnos, dirijamos una oración á estos dioses.

PHE. Me parece bien.

Sóc. ¡Oh Pan, y vosotras todas, divinidades de estas ondas! Dadme la belleza interior del espíritu, y haced que mi exterior esté en armonía con esa belleza espiritual. Que siempre el sabio me parezca rico, y que tenga tantas riquezas como un hombre sensato pueda soportar. ¿Tenemos que formular algún otro deseo? Yo, por mi parte, nada más tengo que pedir.

PHE. Haz para mí los mismos votos; todo es común entre amigos.

Sóc. Marchemos.

FIN DE PHEDRO